

EL DERECHO

Órgano Oficial

de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, correspondiente de la Real de Madrid

—TERCERA EPOCA—

Semanario de Jurisprudencia y Doctrina Jurídica, Economía Política y Ciencias Sociales.

*S'il n'y avait pas de justice
il n'y aurait ni gouvernement ni société.*

EDOUARD LABOULAYE

DIRECTORES PROPIETARIOS: AGUSTIN VERDUGO y MANUEL F. DE LA HOZ.

ACADEMIA MEXICANA
DE
LEGISLACION Y JURISPRUDENCIA
CORRESPONDIENTE
DE LA REAL DE MADRID.

ARTICULOS para el Diccionario de
Legislación y Jurisprudencia.

AFINIDAD.

Afinidad, dice el art. 183 del Código Civil, es el parentesco que se contrae por el matrimonio consumado ó por cópula ilícita, entre el varón y los parientes de la mujer, y entre la mujer y los parientes del varón.

La afinidad no tiene por sí misma líneas ni grados, supuesto que aquella y éstos se forman por las generaciones, las cuales no existen entre uno de los cónyuges y los parientes del otro. Sin embargo, nuestra legislación, siguiendo el ejemplo de la consanguinidad, computa los grados de la afinidad por los de ésta, mediante la regla según la cual *en el mismo grado en que un individuo es consanguíneo del marido, en el mismo es afín de la mujer.*

Hay otra regla, según la cual, *la afinidad no engendra afinidad.* (*Affinis, affinem non generat:*) es decir, que los afines del marido no lo son de la mujer, ni los de ésta lo son de aquél.

De estas dos reglas se infiere esta consecuencia: luego los consanguíneos de uno

y otro cónyuge no están ligados entre sí por ningún parentesco.

En cuanto á los nombres con que se designan á los parientes por afinidad, se llaman á los ascendientes, *Suegro y Suegra*, y á los descendientes, *Yerno y Nuera*, y al segundo marido con relación á los hijos que ésta tiene del primer matrimonio, *Padrastra*; á la segunda mujer con relación á los hijos del marido, *Madrastra*. Los hijos de uno y otro cónyuge se llaman *Hijastros ó Entenados*. (L. 4, § 4, D., de grad. affin.)

En cuanto á los afines de la línea colateral, el hermano del marido es el *Cuñado* y la hermana es la *Cuñada* de la mujer; pero no hay otros nombres especiales para designar los afines de grados más lejanos, (l. 4, § 6, D., de grad. Affin.)

Pero es regla establecida desde el Derecho Romano, aquella, según la cual, en la afinidad, como en la consanguinidad en línea recta, las denominaciones propias del primer grado, tienen también una significación general que comprende los parientes de grados superiores ó inferiores. (Leyes 104, 164, 201 y 220. D., de verb., sign.)

La afinidad es impedimento dirimente del matrimonio, pero sólo en la línea recta; pues el art. 159, frac. V. del Código Civil, declara, que es impedimento para celebrar el contrato civil del matrimonio, la relación de afinidad en línea recta sin limitación alguna.

Según nuestra antigua legislación y los preceptos del Derecho Canónico, la afinidad es un impedimento dirimente del matrimonio en la línea recta sin distinción de grados, y en la colateral hasta el cuarto grado inclusive, si nace de cópula ilícita. (L. 5, tít. 6, Part. 4^a, Cap. 8, *ext. de consang. et affin.*; Conc. Trid. Sess. 24, *de reform. matrim., cap. 4.º*)

Fundado en esos preceptos dice Escriche, que muerto uno de los cónyuges, no puede casarse el que sobrevive con ningún ascendiente ó descendiente del cónyuge muerto, ni con ninguno de sus consanguíneos dentro del cuarto grado inclusive; y el que hubiere tenido cópula ilícita con una mujer, no puede casarse con ninguna de las ascendientes ó descendientes de ella, ni con ninguna de sus colaterales dentro del segundo grado inclusive: la mujer tampoco podrá casarse con los parientes del varón en iguales grados.

CONSANGUINEO.

El que tiene parentesco de consanguinidad con otro.

Se llaman hermanos consanguíneos los que provienen de un mismo padre pero de distintas madres, á diferencia de los uterinos que son hijos de la misma madre pero de distintos padres, y de los llamados carnales, que provienen de un mismo padre y de una misma madre. Véase Hermanos y Doble Vínculo.

CONSANGUINIDAD.

La consanguinidad, dice Escriche, se tomaba entre los Romanos por la agnación; pero entre nosotros, así en el derecho civil como en el canónico, significa toda especie de parentesco, sea por agnación, sea por cognación.

La consanguinidad es, según el art. 182 del Código Civil, el parentesco entre personas que descienden, de una misma raíz ó tronco.

La consanguinidad es natural y legítima.

Natural es la que nace de una unión ilegítima.

Legítimo es lo que proviene de legítimo matrimonio.

El parentesco de consanguinidad legítima ó natural, constituye un impedimento diri-

mente del matrimonio, según el art. 159, frac. IV, del Código Civil:

1.º En la línea recta ascendente ó descendente, sin limitación de grado.

2.º En la línea colateral igual el impedimento se extiende á los hermanos y medios hermanos.

3.º En la línea colateral desigual el impedimento se extiende solamente á los tíos y sobrinos y al contrario, siempre que estén en el tercer grado y que no hayan obtenido dispensa. (Véase Grado y Línea.)

PRECIO.

Se llama precio el valor de dinero en que se estima una cosa.

El precio en la venta debe ser en *dinero, cierto, determinado y justo.*

Debe ser en dinero, porque si se diera un equivalente en otra cosa, el contrato sería de permuta, pero no de compra-venta.

Debe ser cierto, esto es, verdadero y no simulado ó irrisorio, que se estipula con intención de exigirlo y no por fórmula, y que no sea de tal manera insignificante que no se le pueda estimar como el equivalente del valor de la cosa; pues en uno y en otro caso no habría venta sino donación.

El precio debe ser determinado; esto es, se debe fijar al celebrarse el contrato, ó por lo menos establecer en él los elementos necesarios para fijarlo; pues de otra manera se haría ilusorio el contrato, porque sería indeterminada la obligación del comprador que quedaría libre de ella, pagando una cantidad cualquiera, por pequeña que fuera, y sin relación con el valor de la cosa.

Pero no es preciso que se determine el precio en el mismo contrato, sino que basta que éste contenga los elementos necesarios para la determinación, para que por medio de ellos se llegue á fijar el importe del precio, como cuando se conviene en pagar el que tenga la cosa vendida en el comercio en determinada fecha, ó el que fije un tercero.

Estos principios que debían su origen al Derecho Romano, se han transmitido hasta nosotros y han encontrado sanción en el Código Civil, que declara:

1.º Que el señalamiento de precio no puede dejarse al arbitrio de uno de los contrayentes; pues se haría ilusorio, quedando á su capricho la designación de un precio

irrisorio, ó lo que es lo mismo, quedaría el cumplimiento del contrato subordinado á su voluntad, contra la prohibición de la ley, (art. 2817 y 1278, Código Civil.)

2.º Los contratantes pueden convenir en que el precio sea el que corra en día ó lugar determinado, ó el que fije un tercero, (art. 2813, Código Civil.)

En el primer caso de los previstos en esta segunda regla, se tiene como precio determinado el que, en el tecnicismo del comercio se llama *corriente*, para distinguirlo del *natural*.

Este es, el valor que en dinero tienen ordinariamente las cosas; á diferencia del llamado *corriente*, que es el valor más ó menos grande que obtienen en el comercio, en atención á la abundancia ó escasez de ellas, ó del dinero.

En consecuencia, si los contrayentes convienen en que el precio de la venta sea el corriente que tenga la cosa en determinado día ó lugar, llenan el requisito esencial de que el precio sea determinado; pues aún cuando ignoren su importe en el momento de la celebración del contrato, es fuera de toda duda que en ese día y en ese lugar la cosa debe circular en el comercio con determinado precio, y por consiguiente, que, con relación á él, quedará fijado el de la venta.

Por idénticas consideraciones se permitió en el segundo caso la determinación del precio, dejándola al arbitrio de un tercero. Pero para que pueda producir efecto jurídico el contrato celebrado bajo esta forma, es indispensable que en él se designe la persona que debe fijar el precio, pero de otra manera podría acontecer que los interesados no se avinieren en la signación de ella; y así se daría ocasión á que el contratante de mal fe eludiera el cumplimiento del contrato.

En el caso aludido, el contrato de compra-venta es condicional, porque está subordinado á la condición de que el tercero designe el precio, y por lo mismo, si no quiere ó no puede designarlo, no llega á perfeccionarse el contrato, ó lo que es lo mismo, no llega á tener existencia jurídica.

Esta conclusión se apoya en el art. 2815 del Código Civil que declara, que si el tercero no quiere ó no puede señalar el precio,

queda el contrato sin efecto; salvo convenio en contrario: esto es, que los interesados hayan convenido que en el caso de que el tercero no haga la designación, se fije el precio de otra manera.

Diversas opiniones se han expendido por los jurisconsultos acerca de si es lícito á los interesados atacar la designación hecha por el tercero por injusta, y en el caso de que haya obrado dolorosamente; pero entre nosotros está perfectamente decidida por la ley esa cuestión, y en consecuencia, no ofrece dificultad alguna.

El art. 2814 del Código dice, que fijado el precio por el tercero, no podrá ser rechazado por los contratantes, sino de común consentimiento.

La razón que funda y motiva este precepto es perfectamente clara y perceptible, porque si el precio es injusto hay lesión, siempre que éste exceda ó sea menor dos terceras partes del justo precio ó estimación de la cosa, entonces puede rescindirse el contrato á instancia del contratante que resultare perjudicado, (art. 1658, Código Civil).

Los interesados pueden rechazar de común consentimiento el precio designado por el tercero, porque por medio de él, expresando su voluntad, pueden alterar y reformar el contrato en el sentido que sea más conveniente á sus intereses.

Sobre los principios expuestos acerca de la determinación del precio, y sobre la consideración que merecen las clases menesterosas, que se ven estrechas muchas veces á pedir semillas y cereales al fiado para pagarlas en la próxima cosecha, se funda el art. 2816 del Código Civil, que declara, que el precio de los frutos y cereales vendidos al fiado, á personas no comerciantes para su consumo, no podrá exceder del mayor que esos géneros tuvieren en el lugar en el período corrido de la entrega hasta el fin de la siguiente cosecha.

El precio debe ser justo, esto es, proporcionado al valor de la cosa, pues siendo el equivalente de ésta, debe hallarse en la debida relación con ella.

La ley no dá una definición del justo precio; pero los autores establecen la manera de determinarlo, distinguiendo el precio en supremo, medio y mínimo.

El precio supremo es el mayor valor que haya podido darse á la cosa al tiempo de celebrarse el contrato: el medio representa su estimación común y regular: y el ínfimo el menor valor que pueda tener sin tocar los límites de la lesión.

Pues bien, con apoyo de esa distinción declaran los autores, que el precio justo es aquel que no excede ni es inferior á la mitad del valor de la cosa. (Gutiérrez Fernández, tomo V, pág. 272; Viso, tomo III, página 249).

La definición que dan los autores tiene por principal fundamento la consideración que, según los principios de Derecho Romano, reproducidos por la antigua legislación, había lugar á la rescisión del contrato, siempre que el precio convenido excedía ó era menor del que naturalmente tenía la cosa, (leyes 5^a, tít. X, lib. III, F. R.; 56, tít. 5^o, Part. 5^a; y 2, tít. 1, lib. X, N. R.)

Esa consideración no puede servir de norma para definir el precio justo, porque si nos atuviéramos á ella, tendríamos derecho para decir que no permitiéndose en la actualidad la rescisión de la compra-venta por lesión sino cuando el precio excede ó es menor de las dos terceras partes del valor de la cosa, el justo es el que está comprendido dentro de estos límites.

Pero esto no es exacto, y nos demuestra el art. 1658 del Código Civil, que determinando cuando hay lesión dice, que ésta existe siempre que la parte que adquiere, dá dos tantos más, ó la que enajena recibe dos tercios menos del *justo precio* ó estimación de la cosa.

Los términos con que está concebido este precepto indican que el justo precio es una cosa distinta del que dá motivo para la rescisión.

El justo precio no es otra cosa que la cantidad de dinero, proporcional al valor natural de la cosa.

Cuando el precio convenido carece de este requisito, no produce la nulidad del contrato, sino que sólo dá lugar á la acción rescisoria por causa de lesión, en los términos indicados por el art. 1658 del Código Civil.

MANUEL MATEOS ALARCÓN.

LA PSICOLOGIA DE LOS PUEBLOS

Y LA

ANTROPOLOGIA. (1)

(Continúa.)

Empero, desde el punto de vista de la psicología, ¿tiene la diferencia de longitud entre los cráneos la importancia que se la quiere atribuir? Muchos antropólogos prudentes la niegan, por ejemplo, M. Manouvrier. Si la forma alargada tuviese tanta importancia para la inteligencia y la voluntad, ¿cómo se explicaría que los negros, su mayor parte, son dolicocefalos, —estos negros, á quienes no se quiere reconocer como hermanos?—Se acusará todavía al *Homo Alpinus*, celta ó eslavo, de haber «helado» su civilización? Se responde que los negros deben de ser una «desviación» de un tipo dolicocefalo primitivo; pero entonces se vuelven hermanos nuestros, desgraciados sin duda, pero nuestros hermanos. Se ha pretendido también (otros han dicho lo contrario), que el niño es más dolicocefalo así como la mujer; lo que, según las teorías en favor de nuestros antropólogos, indicaría una inferioridad; aún se ha dicho que la dolicocefalia de ciertos criminales era una vuelta al salvajismo primitivo; pero entonces, ¿cómo la misma dolicocefalia se vuelve un signo de superioridad en las clases aristocráticas. ¿Y los monos son braquicefalos? "Algunos grados más," en el índice cefálico son una medida muy fuerte. Los Bruceleses tienen como índice 77 á 78, y son más dolicocefalos que los Prusianos con 79; ¿son por eso superiores "en un grado?" Los Sardos son muy dolicocefalos con 72.8, los Arabes de Argel con 74, los Corsos con 75. 2, los Bascos españoles con 77.6. No vemos que la prolongación de sus cráneos les haya servido mucho. Los Sardos, en particular, han sido de una esterilidad notable. Los Suecos, representan la más pura raza escandinava; por inteligentes que sean, no dominan al mundo. Las diferencias de longitud ó de anchura del cráneo, que como hemos visto, se encuentran en el seno de todas las razas de hombres y en todos los países, no podrán ser la razón esencial de la superioridad.

(1) Véase el número anterior, página 341.

dad y del progreso moral. Además, según M. Collignon, el índice cefálico puede variar diez grados en una misma raza: por sí sólo, entonces, es un signo insuficiente

Ved, en detalle, la descripción psicológica de las tres pretendidas razas distintas. Nuestros antropologistas convienen desde luego en ello; el Mediterráneo y el Semita se aproximan de tal modo al Hiperbóreo, que sólo matices los distinguen. En efecto, si los Griegos heroicos de Homero fueron generalmente rubios, ¿qué prueba existe de que, más tarde los grandes genios de la Grecia lo hayan sido? Los Sófocles, los Esquilo, los Eurípides, los Píndaro, los Demóstenes, los Sócrates, los Platón, los Aristóteles, los Phidias, ¿lo fueron todos igualmente? En cuanto á la longitud del cráneo, los bustos de grandes hombres conservados por la antigüedad nos muestran cabezas de todas formas. Sócrates, por ejemplo, es sumamente braquicéfalo.

A los Semitas, propiamente dichos, se concede, entre los Mediterráneos, un lugar de honor. Y verdaderamente, la raza á que debemos nuestra religión no es despreciable. Así, mientras que unos presagian el triunfo final de los Arios, otros su destrucción venidera por la masa de Celto-Eslavos y Turenenses, otros nos anuncian "la República universal, gobernada por los Judíos, raza superior [1]. Solos, se dice, los Judíos pueden vivir en todos los climas sin perder nada de su prodigiosa fecundidad." El Doctor Boudín, en su *Tratado de Geografía y Estadística médica*, declara á los judíos refractarios á las epidemias. Son también privilegiados en cuanto á su inteligencia; no es solamente en los negocios de dinero en los que son superiores; salen bien en todo lo que emprenden. Ya M. Gougenot des Mousseaux había anunciado la «judaisización de los pueblos modernos.» ¿Qué se haría de los Arios si el sueño de Dumas en *la Femme de Claude* llegase á realizarse por las tribus de Israel? Pero todas estas suposiciones tienen por principio la concepción de los Judíos como una raza pura, pero no lo es enteramente. Antiguamente presentaban diferentes tipos: los Pa-

lestinos eran mestizos de Arios y Semitas; hoy hay Judíos rubios, morenos, dólicos, braquios, altos, bajos. Los judíos portugueses difieren de los judíos alemanes ó polacos. El tipo «aquilino» está tan distribuido fuera de ellos como en ellos. No son dos tipos judíos, sino diez tipos judíos los que admitía Renán. Si los judíos forman una entidad, dice M. Topinard, ésta entidad no es una "raza natural," sino simplemente "un grupo de la historia ó un grupo religioso." Se ha hablado en otro tiempo muy erróneamente de las razas de la lingüística; las razas de religión figurarían dignamente á su lado; y sucede lo mismo con las razas de la psicología. Lo que constituye la verdadera fuerza de los Judíos, no es la longitud del cráneo, es el espíritu judío que se encierra bajo el cráneo, es la educación judía, es la inteligencia judía, la alianza judía, la que los hace penetrar en todas partes y sostenerse por doquiera.

Sólos, según ciertos mensuradores de cráneos, los braquicéfalos serían los párias de la humanidad blanca. Mientras que Mediterráneos, Semitas, Arios se equivalen muy poco, ¿los Celto-Eslavos serían inferiores á los otros? ¿Por qué? Según Grant Allen, el Celta tiene «la constitución de hierro, vigor activo, la pasión indomable del peligro y de la aventura., la imaginación febril, la elocuencia abundante y un poco florida la ternura del corazón, y una generosidad inagotable." Este retrato, que se debe á un anglo-sajón, é inspirado por el recuerdo del Celta Tyndall, ¿es el de una raza desheredada? Según Renán, los celtas tienen á la vez la reflexión y la sencillez; sin duda están sujetos por la tradición, por razones históricas y geográficas, pero tienen un amor ardiente por lo bello inmaterial, una inclinación á lo ideal, templada por el fatalismo y la resignación. Tímido é irresoluto ante las grandes fuerzas de la naturaleza, el Bretón está familiarizado con los espíritus de un mundo superior: "Desde que ha obtenido su contestación y su apoyo, nada iguala su abnegación y su heroísmo." Los antropologistas mismos que han imaginado la epopeya de los rubios, conceden á los Celto-Eslavos una inteligencia á menudo igual á la de los Arios

(1) Este es el título de una publicación de M. E. Dupont, París, 1898.

más inteligentes." Y en efecto, es difícil sostener que Abelardo, Descartes, Pascal, Mirabeau, Lesage, Chateaubriand, Lamennais, Renán (por no hablar sino de franceses), hayan sido faltos de inteligencia. Entre los Eslavos, Pedro el Grande, que además tenía sangre alemana en sus venas, tiene la tez muy morena, los ojos y los cabellos muy negros, los pómulos salientes, poca barba y bigotes, el tipo mongoloide; lo cual no le impidió tener mucha inteligencia, con muchos vicios, exactamente como la rubia alemana de Anhalt, Catalina II. Apesar de esto, hay quien pretenda que los Celtas y los Eslavos, en el conjunto, han producido menos genios, y sobre todo, menos voluntades poderosas. El hecho es difícil de verificar, por no decir imposible. Si la inteligencia céltica y aun eslava puede á menudo *igualar* la inteligencia eslava ó germánica, es muy probable que son circunstancias históricas, geográficas ú otras que, de hecho, han favorecido tal raza más que cuál otra en la que toca talento. La Bretaña, por ejemplo, la Auvernia y la Saboya no eran centros oportunos para poner de relieve á los genios, lo que no les ha impedido producirlos. En cuanto al poder de las voluntades, ¿cómo se ha de distribuir? La Bretaña ha visto nacer á Olivier de Clisson, Duguesclin, Moreau, Cambronne La Tour d'Auvergne, Surcouf, Duguay-Trouin, Lamothe-Piquet, Ducotédic; ¿eran estos hombres escasos de voluntad? Y si los dolicocefalos tienen *en general* la voluntad más violenta, los braquicefalos más paciente y más encaprichada, ¿es esta la base de una clasificación "zoológica?" Ni en general, ni en particular, un carnero no es un lobo, y por eso son zoológicamente distintos.

Si fuese verdad que, en la historia, los genios y las voluntades enérgicas son más frecuentes entre los cráneos alargados, este hecho no tendría su explicación más natural en una diferencia de raza ó de origen. Los conquistadores han sido seguramente hombres atrevidos y á menudo feroces: se han establecido en todas partes, no en virtud de una verdadera superioridad, sino muy á menudo, en virtud de su misma brutalidad. Una vez establecidos, han nutrido á las clases dominantes, y como éstas

tenían todos los medios de mostrar el talento que podían contener ¿cómo asombrarse que los genios, durante largos siglos, hayan nacido generalmente en el seno de las aristocracias? No se puede concluir de esto que sea la forma del cráneo la que las ha determinado.

Según M. de Candolle, el mapa de repartición de los hombres de valor genial en Europa, está puntuado de una manera poco densa, en comparación con todo el resto; pero la puntuación tiene por eje visible la línea partiendo de Edimburgo y llegando á la Suiza. Un segundo eje de repartición, menos importante, comienza más abajo de la desembocadura del Sena y va á reunirse oblicuamente con el Báltico, cortando el otro hacia París. Fuera de éstas dos grandes manchas alargadas, puntos aislados y cada vez más espaciados se hallan esparcidos por toda la Europa. La alta y la media Italia, el Valle de Ródano, la Alemania del Sur y Austria, presentan trazos de centros secundarios, como ese donde nacieron Hayden y Mozart; pero la mancha del Norte comprende, ella sola, las cuatro quintas partes. Con respecto á esto, los antropólogos hacen observar que el mapa de los elementos dolicocefalos, blondos casi, corresponden al mapa de la distribución de hombres de genio. Sin embargo, responderemos, hay en Escocia un fondo céltico; en Suiza, el número de talentos es muy superior á la proporción de los dolicocefalos. Se explica este último hecho, es verdad, por la enorme cantidad de familias de genio que los refugiados de Francia implantaron en Suiza. Un tercer mapa, el de los grandes centros de la civilización y de la densidad de la población, coincide tan aproximadamente con los otros dos, si bien la mancha principal comprende Londres, París, Bélgica, Holanda, la Alemania inferior y Berlín.—Sea, diremos aún nosotros, pero el problema final es saber ¿dónde está la causa, dónde está el efecto? ¿Será porque la civilización y la población están en relación directa para producir talentos visibles; ó será porque hay muchos talentos donde la civilización es más grande? ¿Será porque los rubios dominan, por lo que hay más industria, comercio, ciencia, etc., etc.? ó ¿será porque la civilización, que fué al

principio meridional y oriental, viaja hoy hácia el oeste y el septentrión, pasando á razas menos agotadas? La estadística misma está llena de "espejismos," y toda conclusión aquí es prematura.

Cuando los Helenos comenzaron á replegarse sobre las dos orillas del mar Egeo y Roma todavía no había nacido, los Germanos no tenían otras moradas que las "sombrias selvas" de que habla Tácito, los amarillos podían considerarse como la primera raza del mundo. Sobre su dominio "el eje" de superioridades pasaba. Más tarde, pasaba por Atenas, el Asia Menor y Sicilia: ¿qué era entonces el famoso eje Londres-París-Berlín? ¿No hubiesen podido los Griegos depender de otra raza que la nuestra, bárbaros hiperboreanos? Y en efecto, lo pretendían. Más tarde todavía, el eje de los genios pasaba por Roma. ¿Por dónde pasará en mil años? Lo ignoramos.

Fuera de 89 innovadores, revolucionarios, etc., se nos señala veinte cráneos anchos, San Vicente de Paul, Pascal, Helveius, Mirabeau, Vergniaud, Petion, Marat, Desmoulins, Dantón, Robespierre, Massena, etc., contra una lista más ó menos auténtica de 69 dolicocefalos morenos y sobre todo rubios: Francisco I, Enrique IV, Luis XIV, Juana de Arco, Bayardo, Condé, Turenne, Vauban, L'Hopital, Lully, Richelieu, La Rochefoucauld (que era por lo demás muy moreno), Moliere, Corneille, Fenelon, Le Poussin, Diderot, Voltaire, Buffon, Rousseau, Condorcet, Lavoisier, Gretry, Berthollet, Lagrange, Saint-Just, Charlotte Corday, Napoleón I (que tenía los ojos azules), etc. Pero ¿cuántos Condorcet ó Saint-Just valen un Pascal? Además, Descartes era un moreno, de cabeza grande, con toda la apariencia céltica. Estas listas en que la confusión es muy visible, dejan un lugar enorme á la fantasía.

Se supone (porque es pura hipótesis) que la potencia de carácter depende de la longitud del cerebro. Cuando el cráneo, se dice, no alcanza 0,19, más ó menos siguiendo la talla del sujeto y el espesor de los huesos, la raza carece de energía, de iniciativa y de individualidad. Por el contrario, el poder intelectual, estará ligado á la anchura del cerebro anterior.—Pero entonces, los braquicéfalos deberían tener más inte-

ligencia y ser más fecundos en genios, á lo menos del orden intelectual. La relación de las dos dimensiones del cráneo, salvo casos extremos y anormales, nos parece un medio de valuación bastante tosco, sobre todo cuando se trata de una diferencia de uno ó dos grados. Lo que es verosímil, es que el desarrollo de la civilización exige á la vez cierta longitud y latitud normales del cerebro, y, si la longitud va creciendo sin que la latitud normal disminuya, se tiene una subraquicefalia creciente, compatible con la superioridad.

En Europa, con excepción de la Francia, un hombre de la clase superior vale, según los cálculos de M. de Candolle ocho de la clase media, bajo el punto de vista de la fecundidad de talentos, y vale seiscientos de la clase inferior. En Francia vale veinte de los unos y solamente doscientos de los otros. Las clases extremas en Francia son entonces superiores á las clases correspondientes del resto de Europa; la clase media en Francia, es inferior y se ha vuelto más, y más después de cien años; la burguesía del siglo XVIII, valía cuatro veces más que la nuestra. Nuestra burguesía actual tiene no obstante todos los medios de manifestar sus talentos cuando los tiene.—Séa; pero, si no lo hace, ¿es porque su cráneo se vuelve menos oblongo? ó no es más bien porque en virtud de las circunstancias históricas de su evolución, ha debido apegarse demasiado al dinero, mostrarse menos desinteresada, menos elevada en sus aspiraciones? En cuanto al pueblo de Francia, si siendo como es, muy superior al de otros países, manifiesta todavía doscientas veces menos talento que la aristocracia, ¿no se encuentra la explicación más simple en las dificultades que el talento encuentra para manifestarse? ¿Es fácil á un albañil revelar el "poeta aborto" que hay tal vez en él? ¿A un hojalatero ó á un carpintero, le es fácil mostrar sus talentos de orador, de pensador, de hombre de Estado? El espíritu no sopla "donde le acomoda," sino donde puede. La proporción misma de talento en nuestras masas populares, redundaba mucho en su honra, por más "célticos" ó aún Tourenses que pudiesen ser.

Se sostiene también que los hombres de cabeza larga, y sobre todo los rubios, tie-

nen un carácter religioso muy pronunciado, lo que se explica por algún "accidente de desarrollo." Al contrario, los Celto-Eslavos, á pesar de su "inferioridad" general, y de que tienen esta superioridad particular, pretenden ser mucho menos religiosos. ¿Quién no siente todavía lo arbitrario de toda esta psicología? Desde luego, no podríamos admitir la pretendida superioridad de las razas irreligiosas, si es que existe. La religión es la etapa primera del idealismo, el primer esfuerzo del hombre para excederse á sí mismo, para salvar el horizonte limitado del mundo visible. Además, la repartición de las razas religiosas en Europa, es de lo más variable. ¿Son los Celtas de nuestra Bretaña menos religiosos que sus vecinos los Normandos? ¿Pasan los Eslavos de Rusia por incrédulos? Al mismo tiempo, ¿son la ligereza, el buen humor céltico visibles en la mediterránea y contemplativa Bretaña que nos describe Renan, ó aún en la Auvernia, ó aún con los braquicéfalos de Alsacia, ó con los sosegados y lentos Celtas de Bavaria? Otro ejemplo: los verdaderos Bretones de Armórica son, según dicen, dolicocefalos y de alta talla; nariz saliente, alta y derecha, tez fresca, y lucida, cabellos y ojos claros: este era cuando menos el tipo Bretón puro del siglo IV, del que subsisten todavía bellos modelos. Los celtas de Armórica, por el contrario, tiene la cara ancha, aplastada, diminuta, los arcos de las cejas marcados, y son rechonchos. ¿Se ha notado, sin embargo, la menor diferencia entre estas dos capas étnicas de nuestra Bretaña, en cuanto al carácter, á las costumbres y las creencias?

Después del espíritu religioso ó irreligioso—del que los antropologistas hacen una superioridad ó una inferioridad según sus gustos—se invoca el espíritu guerrero y aventurero de los hombres del Norte, para hacer de él esta vez, una superioridad indiscutible. Pero desde luego, los Celtas tienen por su cuenta, también, grandes invasiones y grandes conquistas; hemos visto la vasta extensión de la antigua Céltica (sin hablar de China). Semejante territorio, no ha sido invadido por cobardes ó por hombres "pasivos." Después de haber domado á la Galia, entonces ocupada por

"indomables" Ligurios, los Celtas rechazaron á estos últimos, hacia el Sudeste, y avanzando hacia el Garona, ganaron España, para establecerse sobre el Elba y formar la Celtiberia, hacia el siglo XII antes de Jesu-Cristo. Se habían igualmente extendido en la Armórica y las Islas Británicas. Si entonces el espíritu conquistador y el valor guerrero,—que se encuentra además doquiera y en todas las razas,—son los verdaderos signos de la superioridad, es imposible concebir á los Celto-Eslavos como inferiores á los Escandinavos y Germanos. En cuanto á declarar que estas enormes masas de Celtas han debido necesariamente ser conducidos por cráneos largos de cabellera rubia, esto es reemplazar á la historia por la epopeya de los rubios. Ha habido una primera invasión Céltica, probablemente morena, y una segunda, gala (por consiguiente de raza blonda); he aquí todo lo que la historia nos enseña.

Además, la psicología de los Celto-Eslavos y Turenenses, encierra una contradicción fundamental. Si las masas mongólicas del Asia, se componen de Saboyanos retardados, ¿cómo es que nuestros Saboyanos, Auvernianos y Bajo-Bretones, se parecen tan poco á sus antepasados nómades? El nombre de Turenenses, designa los nómades no Arios, y *toura*, expresa la celeridad del caballero; ahora bien, ¿quién fué menos apegado á la tierra, menos "pacífico," menos tranquilo "que los nómades turenenses? M. Richepin, que pretende tenerlos como antepasados (aunque originario de una familia de Axona), nos ha cantado su canción de sangre:"

Antes de los Arias, de la tierra labradores
Los Turenenses vivían, nómades y matadores.

Marchaban robando todo, el tiempo como el espacio
Sin lamentar el ayer, sin pensar en el mañana,
No creyendo que era bueno sino el momento que pasa
Y de que gozarse puede cuando en la mano se tiene,

Sí, son mis abuelos. Porque aunque yo viva
En Francia, ni Latino ni Galo soy,
Tengo los huesos finos, amarilla la piel, los ojos de cobre
Un torso de escudero y el menosprecio de las leyes.

¿Cuál no será la decepción del cantor de los Turenenses si descubre el poco caso que se hace hoy á los "Saboyanos retardados en sus emigraciones" (1)? Como quiera que uno piense sobre esto, es difícil con-

(1) Kossuth tenía el aspecto de un Huno y se vanagloriaba de ello. ¡Y tenía mucho por qué!

ciliar la tranquilidad Saboyana, Bretona y Auverniana, con los documentos relativos á las feroces tribus mongólicas, á sus conquistas y á sus saqueos. Las conquistas mismas, además, no prueban nada. Poco tiempo después de Salamina, la Grecia invadió el Asia y cruzó el Sind, una colonia tiria puso á Italia á dos dedos de su ruina; los Vándalos, que el mundo no conocía, recorrieron Europa, amenazaron á Roma y Bizancio; Arabia estuvo al punto de inundar Europa. He aquí razas de todas clases con cráneos de todas formas, que han hecho guerras y han ganado las mismas victorias. Nada es tan común como ser vencedor, si no es ser vencido.

La dificultad esencial de la teoría que hace venir á los Arias de los países del Norte, es explicar la civilización Aria. De seguro, esta civilización no ha podido nacer en Escandinavia, ni en Alemania, ni en Siberia: es natural que las primeras civilizaciones se hayan desarrollado en países más calientes y de más elementos para el hombre. En efecto, son siempre bárbaros los que han venido del Norte. Para hacer frente á la dificultad, es necesario admitir que fueron precisamente los Celto-Eslavos, acudiendo de Asia, quienes trajeron la civilización á los dólico-rubios del Noroeste. Pero entonces, ¿cómo es que los Celto-Eslavos son tan despreciables? Y por otra parte, si ellos eran Turenenses y nómades, ¿cómo han podido estar civilizados á tal punto? La pregunta vuelve siempre: ¿Quién ha comenzado la civilización? Y nada es tan probable todavía, como atribuir este principio á los salvajes hiperboreanos cuyas hordas debían más tarde causar terror al Imperio Romano y Griego. Se ve en qué perplejidad nos dejan todas estas historias antes de la historia.

En cuanto al espantoso cuadro que se nos pinta de la lucha intestina preparada por la forma de los cráneos, entre el *Homo Europæus* y el *Homo Alpinus*, es un puro sueño de antropologistas. La absorción progresiva de los dolicocefalos en la masa hace tal lucha imposible. Y si se responde que este progreso de la democracia étnica, la cual va al mismo paso que la democracia política, amenaza la humanidad con una humillación universal, res-

ponderemos á nuestra vez:—Todo depende del cuidado que tendrán ó no tendrán las democracias, de mantener en su seno un natural escogido, de asegurar un camino libre para la reelección de superioridades, cualesquiera que sea la forma de sus cabezas. Ha habido razón para comparar lo escogido de un pueblo á la locomotora, que sola tiene un movimiento propio, y la masa al largo séquito de wagoes inertes, que sin embargo llegan á rodar tan ligero como la locomotora; pero nada permite añadir que las superioridades necesarias para arrastrar todo el resto, estén ligadas á ligeras variaciones del índice cefálico y que la elevación universal de este índice, mientras tiende á ensanchar todas las cabezas, tenderá á acortar todos los espíritus.

Los antropologistas de quienes hablamos, no podían dejar de tomar á lo serio el cruzamiento más universal de cabezas largas y cabezas anchas; en la discordancia de formas que ellos creen encontrar en los "mestizos," ven una discordancia interior (1).—por fortuna sus conclusiones son todavía hipotéticas. Las relaciones de cualidades mentales á tales particularidades del cráneo, están demasiado mal determinados para permitir preveer el resultado de los cruzamientos, sobre todo entre los rubios y morenos. En las mezclas, los caracteres esenciales de los tipos se transmiten cada uno por sí y sin solidaridad con los otros, de tal suerte, que el cruzamiento del dólico-rubio y del braquío-moreno, por

(1) Ya, dicen ellos, advertimos más en nuestras ciudades que sujetos de ojos claros y cabellos oscuros, ó al contrario; que caras anchas asociadas con cráneos redondos; la barba de un tipo, diferente á los cabellos; "braquicefalos llevando cabezas de Arias," usurpación única; por otra parte, "pequeñas cabezas de Mediterráneo están encaramadas sobre hombros de Arias más grandes que ellas y superan troncos gigantes."—¿Qué hubiesen dicho estos pesimistas al percibir á Mme. de Sevigné con un ojo azul y el otro negro?—En un momento, continuán ellos, verá la desimetría de los órganos intervenir como "causa de extinción de las poblaciones mestizas." En lo moral, ¡qué de hombres movidos, por tendencias opuestas, que piensan "la mañana en Arias y la noche en braquicefalos," cambiando de carácter, de voluntad, de conducta á la ventura! He aquí el espectáculo que da la psicología de los de "sangre mezclada" de nuestras llanuras y ciudades. Se añade para estos mestizos, rubios y morenos, como para los blancos y negros, que el egoísmo es su característico, "así como la inconstancia, la vulgaridad y la cobardía." El Celta tiene ya gran cuidado de su persona, de sus intereses, de los intereses de sus deudos, de todo lo que no traspasa su horizonte bastante derecho. Cruzadlo con un Germano; el individualismo enérgico de este último, vendrá á reforzar la tendencia personal del primero; por otra parte, los instintos germánicos de solidaridad humana, serán neutralizados por el espíritu céltico; resultado general: egoísmo con los mestizos.—Tal es la química antropológica de los caracteres.

ejemplo, podrá producir mestizos dólico-morenos y braquí-rubios, además de un corto número de tipos reproduciendo fielmente los tipos originales. El resultado final, a través de los siglos, es la repartición casi igual de los colores entre las diversas formas de cráneos. M. Collignon lo ha comprobado por los concriptos de las costas del Norte; M. Ammon, por los del ducado de Badén. Los ojos azules y los cabellos rubios de los antiguos Germanos, subsisten como los Badois mientras que la dolicocefalia casi ha desaparecido. Una raza tiene lo que M. Collignon llama caracteres fuertes ó resistentes, que tiende á imponer casi indefinidamente á sus mestizos aún lejanos (como los ojos azules de la raza septentrional), y caracteres débiles, persistentes, que se dejan fácilmente eliminar en los cruzamientos. Un carácter muy frecuentemente encontrado puede entonces sin embargo no ser sino adventicio ó añadido; los ojos azules no prueban que la cabeza sea dolicoide. El color puede subsistir mientras que la forma del cráneo cambia. Lo mismo es probable que suceda que las cualidades de estructura cerebral, á las cuales están ligadas las cualidades psíquicas hereditarias, tiendan por el efecto de numerosos cruzamientos, á desasociarse poco á poco de la longitud del cráneo y á distribuirse entre las diversas formas de cráneos, como éstos entre los diversos colores de ojos y de cabellos. Todo lo que se ha podido decir de más plausible sobre los cruzamientos, es que un padre de mucha inteligencia sin perseverancia, por ejemplo, y una madre muy perseverante con poca inteligencia, tendrán las probabilidades de tener hijos de uno de los cuatro tipos siguientes: 1.º reproducción del padre, 2.º reproducción de la madre, 3.º inteligencia y perseverancia reunidas, lo que asegurará éxito (*si qua fata aspera*), 4.º poca inteligencia y poca perseverancia tipo destinado á la falta de éxito y á la eliminación final.

Que hay en nuestras sociedades contemporáneas muchos hombres desequilibrados, no lo negamos. ¿Hay más que antiguamente? Lo ignoramos. Lo que es cierto, es que las causas físicas de desequilibrio son mucho menores en los cruzamientos de Celtas y de Germanos, que la extensión progresiva

del alcoholismo y de otras enfermedades, el abuso de tabaco, la residencia en ciudades, la falta de buena higiene, la vida sedentaria, la postración, etc.; pero las causas principales son morales: lucha y contradicción de ideas, de sentimientos, de creencias religiosas é irreligiosas, de teorías políticas y sociales, libertad de la prensa, pornografía, excitaciones de todas clases, etc. El índice del cráneo es extraño á todos estos males.

Como remedio, sin embargo, se nos propone, inspirándose en las teorías de M. Galtón y de M. de Candolle, una "alianza aria." Los Arios y sus mestizos poco lejanos, ascienden, se nos dice, á unos treinta millones, tanto en los Estados Unidos como en Europa, pero ésta débil minoría representa casi todo el poder intelectual del género humano; cuando aquella querrá hacer uso de sus fuerzas y de su «audacia típica,» el *audax Japhet genus* hará lo que le plazca: los judíos dan el ejemplo de la facilidad con la cual una raza puede "aislarse con todo y ser ubicuista," formar un mismo pueblo con todo y habitar veinte países. Se han establecido ya en América ciertas asociaciones en vista de una aristocracia convencional que evite todo cruzamiento impuro, toda mancha, que dé primas, bolsas y datos á los súbditos más perfectos, á las familias más fecundas en talentos; es decir, para emplear el vocablo de M. Galtón, los más "eugénicos."—Dudamos mucho del éxito de la nueva casta, y dudamos sobre todo de su utilidad. Si es muy comprensible que los blancos titubeen en mezclarse con las poblaciones negras, ó aún amarillas, lo es mucho menos que los dólicocéfalos rubios, por una superioridad problemática de forma del cráneo y de color de los cabellos, pretendan formar una humanidad en el seno de la humanidad misma. En Europa, en la edad media, las clases nobles se decían japhéticas, para distinguirse del pueblo de las campiñas, el cual se declaraba cammita. La oposición de los Arios y de los Celto-Eslavos es del mismo género. Además, si los cruzamientos son en efecto peligrosos entre razas demasiado distantes, como la blanca y la negra, lo son más bien útiles entre dos variedades tan vecinas, como las cabezas largas y las ca-

bezas anchas. Los antropólogos mismos que nos han enseñado que las capas más elevadas de las sociedades por la inteligencia y el talento, se agotan pronto, se vuelven menos fecundas, sea voluntariamente, sea por una involuntaria usura de las facultades generatrices, á costa de las facultades intelectuales, sea por la desmoralización que arrastra á menudo á una situación de fortuna privilegiada, sea en fin por una de esas «evoluciones retrospectivas» que han conducido á tantas grandes familias á la imbecilidad final y á la locura. Este es un resultado que M. Jacoby había sacado á luz y en el cual, á su vez, M. Gustave Le Bon ha insistido. Una superioridad en un sentido no se obtiene, muy á menudo, sino á costa de una inferioridad y, sin duda, de una degeneración en otros sentidos. Al admitir que se han exagerado los peligros de uniones restringidas á una sola y misma casta ó clase social, no deja de ser verdad que, desde los orígenes de la civilización, innumerables cruzamientos se han verificado, que todos nosotros tenemos en nuestras venas sangre de rubios y sangre de morenos, de germánico, de celta y de mediterráneo, que la mezcla va creciendo con la civilización, y que en definitiva, la humanidad no parece decaer con los siglos que la "hacen morena."

Cuanto á lo demás, si hay entusiastas del cráneo largo, hay también partidarios del cráneo ancho, M. Anoutchine, que es Esloveno, sostiene la superioridad de los braquicefalos. Otros piensan, como Virchow, que, si la cabeza se ensancha y debe ensancharse todavía más con el tiempo, es para dar lugar á todo lo que el progreso de los conocimientos la obligará á contener. La forma redonda es la que permite alojar, en el menor espacio, la mayor masa cerebral. Sin embargo, añaden, el volumen del cerebro no podrá ganar muy notablemente por razones de equilibrio de la cabeza y armonía de sus partes: los lóbulos anteriores podrían crecer, pero solamente hasta el punto de que el eje de gravedad pase en el medio mismo de la base del cráneo á un poco adelante, todavía más adelante los ojos se encontrarían impedidos, hundidos bajo el cráneo. Todos los antropólogos están de acuerdo, además, en admitir que de hecho

la dolicocefalia será reemplazada por una braquicefalia universal. ¿Será que el progreso va hácia atrás, desde los dolicocefalos prehistóricos de las cavernas hasta nosotros, que cometemos el error de engrandecer nuestros cráneos.

Según Galton, si los morenos van importándolo, es que la salud es más grande entre ellos, resultado aparente de las estadísticas relativas á la guerra de sucesión en América. Según M. de Candolle, el aumento de pigmento de los morenos supone una elaboración más completa y más vigorosa. Los rubios serían menos robustos, como las flores pálidas, y estarían obligados por lo mismo á ser más inteligentes; de aquí una selección gradual en favor de la intelectual ¿Qué es lo que no se hace ejecutar á la selección? Según otros, los Celto-Eslavos lo han importado precisamente porque se les considera más tranquilos que á los hombres del Norte y los han dejado destruirse entre sí; pero cuando la lucha sea trasladada al terreno económico, serán vencidos por los rubios. Según otros, aún los rubios no podrán luchar, aún sobre este terreno, porque el teatro de la lucha es sobre todo en las grandes ciudades á que los dólico-rubios acuden, pero para extinguirse ahí muy pronto [1].

Imposible es fiarse de todas éstas inducciones contradictorias. La antropología es una ciencia todavía demasiado flotante pa-

(1) La dolicocefalia domina, según M. Ammon, en las ciudades por causa de las campiñas, en las clases superiores de los liceos por causa de la clase media, en las instituciones protestantes por causa de las instituciones católicas (en que la braquicefalia es notable en el ducado de Badén). Ammon ha hecho también observaciones interesantes sobre los tipos de senadores badenses. Entre los individuos rurales, los dólico-rubios, siendo de humor osado y viajante, sufrieron la atracción de las ciudades, y vienen á buscar ahí su ganancia. Por consiguiente, las campiñas pierden más y más sus dolicoídes y se vuelven más y más braquicefalos. Los dolicoídes, después de haber sufrido de una manera particular la atracción de las ciudades, sacan provecho en ellas y llegan á prosperar durante una ó dos generaciones: pero su posteridad ahí se derrite como la nieve al sol. La derrota de los hiperbraquicefalos emigrantes en las ciudades es más rápida todavía: desaparecen, en general, sin haber hecho adelantos; succumben á la concurrencia industrial y á las seducciones de la vida urbana que su falta de voluntad les impide rechazar. (Otro Ammon, *la Sélection naturelle chez l'homme en l'Anthropologie*, 1892.)

M. Georges Hansen, —en su obra sobre los *Tres grados de desarrollo de las poblaciones*, —prueba, por la estadística de ciudades alemanas, que la población de las ciudades se renueva casi completamente por los emigrados en el curso de dos generaciones; y como estos emigrados son sobre todo dolicoídes, se puede decir que las ciudades modernas son abismos á donde vienen á devorar á los dólico-rubios; ellas contribuyen á hacerlos desaparecer, como han contribuido las guerras, las cruzadas, la Revolución francesa, etc. La lucha industrial y comercial, de que las ciudades son los principales centros, sería entonces, ella también, hasta cierta punto, una "lucha de razas."

ra inspirar plena confianza. ¿Cómo aceptar hipótesis psicológicas y sociales fundadas sobre hipótesis históricas, fundadas ellas mismas sobre hipótesis antropológicas? Es cuando menos, prematuro precipitar la mitad de la humanidad sobre la otra, por una cuestión de longitud en la caja del cráneo, y esto con la certidumbre de la derrota final en provecho de las cabezas anchas. La ley de fraternidad es más segura que toda la historia, y sobre todo, que la prehistoria. Cuanto al verdadero remedio contra el desequilibrio social, no es la formación de una casta cerrada, sino una atención más grande, aplicada á los matrimonios, á la salud física y moral de los futuros esposos, mayor cuidado de la higiene, una lucha más porfiada y más efectiva contra los vicios que comprometen la raza misma, la intemperancia é incontinencia, en fin, una difusión más lata de ideas morales, tanto en las cabezas germánicas como en las cabezas celto-eslavas, entre los Sajones como entre los Auvernianos.

La teoría de los tipos craneológicos nos parece ser la pendiente de la famosa teoría del "tipo criminal." M. Lombroso tenía razón de llamar la atención acerca de las numerosas marcas de degeneración que se encuentran en los delincuentes; hacía mal en creer que nace uno criminal, con un tipo que se conoce inmediatamente por el ojo del antropologista. Igualmente, los amigos de cráneos alargados hacen bien en señalar nos las numerosas marcas de desequilibrio que proporcionan nuestras ciudades agitadas y cenagosas; pero cuando imaginan su tipo rubio como el verdadero *homo*, que debe por necesidad exterminar sus competidores indignos, instituyen una fantasía pseudo-científica, en una nueva levadura de discordia moral y de desaliento físico. El pandolicismo no es, para la humanidad, un fin más alto y seguro que el pangermanismo ó el panslavismo y otras absorciones de los débiles por los fuertes.

III

Los factores étnicos del carácter nacional, no son ni los únicos ni los más importantes; los factores sociales, la uniformidad de la instrucción, de la educación, de las creen-

cias comunes, compensan, y todavía más, las diversidades de las familias étnicas (1). Los Sardos mediterráneos no tienen afinidad de raza con los Piamonteses-Celtas, los Corsos con los Franceses, lo cual no les impide enteramente vivir en perfecto acuerdo. Los Polacos aborrecen á los Rusos, á pesar de la sangre eslava que les es común, y se asimilan voluntariamente con los Austriacos. Los Alsacianos son Franceses de corazón, á pesar de sus facciones germánicas. La Irlanda Céltica no ama á Inglaterra; pero el país de los Galos, no menos céltico, está casi asimilado; lo mismo para Escocia, celta en gran parte, y que, sin embargo, se parece tan poco á su verdadera hermana, Irlanda.

M. Gumplowicz, en un libro muy conocido, llama á la historia la "lucha de las razas;" hace bien en entender por esto no verdaderas razas, sino simples grupos sociales, y en este caso, su teoría no es ya científica. No ver en la evolución de las sociedades sino un combate, es no percibir sino un aspecto de la cuestión, el más primitivo, y el más próximo á la animalidad; es caer de nuevo bajo el dominio de la zoología y de la antropología, en el momento mismo en que la parecía haber traspasado. Hasta las razas prehistóricas, el gran móvil del progreso social fué la producción de acuerdos con la consumación. Ahora bien, la cooperación aparecía á los hombres como el medio más fecundo y más seguro de producir cosas útiles. La lucha no era sino un medio secundario y de mal pasar. Así en los tiempos prehistóricos, además de las armas, dirigidas desde luego contra los animales, nos encontramos una multitud de utensilios y de instrumentos pacíficos. M. de Mortiller ha escrito un libro sobre los instrumentos prehistóricos de pesca ó de caza, para mostrar que la humanidad naciente, á pesar de la extrema lentitud de su progreso, se ingenió en encontrar medios de producción, que bienhechores desconocidos tuvimos entre nuestros antepasados prehistóricos. La lectura de este libro se funda en la leyenda de guerras perpétuas y canibalismo universal, imaginados por los antropologistas y por los sociologistas de su es-

(1) Véase M. G. Le Bon. *Las leyes psicológicas de la vida de los pueblos*, París, Alcan. 1894.

cuela. Se comprende que el hombre no ha sido, desde el principio y todas partes, la más feroz de las bestias feroces, la que —excepción única,—no se hubiese ocupado sino exterminar y en devorar á sus semejantes. A la hostilidad se unió desde el principio la simpatía. La cooperación hizo otro tanto, y más para el progreso, que la lucha á mano armada, lo cual fué reemplazada poco á poco por la concurrencia pacífica.

La fuerza ha tenido en otros tiempos y tiene todavía, mucho menos importancia de la que se imagina, en la formación de nacionalidades. Los Turcos han conquistado á los Búlgaros, á los Servios, á los Rumanos y á los Griegos; ¿se los puede asimilar? No, por muchas razones; entre las cuales se ha notado una curiosa: los Turcos, dice M. Novicoso, tienen un alfabeto menos perfecto que el de las naciones vencidas por ellos; eso sólo les aseguraba la impotencia final. ¿Es verdad que la unidad francesa sea simplemente la obra de nuestros reyes, de la conquista y de la fuerza? ¿No se ha sostenido con razón que es, sobre todo, la obra de una multitud innumerable de escritores, de poetas, de artistas, de filósofos y de sabios como la Francia ha producido sin interrupción durante cuatro siglos? Hacia el año 1200, la cultura provenzal era superior á la cultura francesa: un Tolosano trataba á un Francés como á un bárbaro, y con alguna razón. Si el movimiento intelectual del Mediodía, dice M. Novicoso, hubiese marchado con paso igual al del Norte, tendríamos hoy al Languedoc gimiendo bajo el yugo francés, como la Polonia gime bajo el yugo ruso. Comparad la Francia con el Austria. En este país el lenguaje y la literatura alemana no han llegado á «germanizar» á los Húngaros. En Francia, el idioma francés ha hecho tal adelanto sobre los dialectos locales, por ejemplo el provenzal, que éstos no trataban ya de luchar, á pesar de los Mistral y los Roumanille. Ahora bien, la literatura y las ciencias alcanzan esta victoria de la lengua francesa "con ustedes, dice Novicoso á los Franceses, eso se llama instruir á los campesinos. Bajo otras circunstancias, eso se llamaría desnacionalizar á los Languedenses ó afrancesados. . . El pro-

venzal no resucitará jamás. Yo no veo, sin embargo, que se emplee la bayoneta para enseñar el francés á los Languedenses.» Nuestra lengua se propaga, además más allá de nuestras fronteras, en países en que las bayonetas no tienen ninguna acción.

M. Novicoso concluye que «la asimilación nacional es sobre todo un proceso intelectual.» Pero ¿por qué, él también, arrastra la historia á una lucha, no ya de razas, es verdad, sino de "sociedades (1)?" La idea de "curso," es complementaria de la idea de "lucha;" y más la lucha sería imposible sin un curso preliminar entre los que combaten, cualesquiera que sean las armas que ellos empleen. Esto es precisamente lo que hace que la concepción darwinista de la historia sea unilateral é incompleta.

IV

A nuestro modo de ver, cuando se estudia la acción de razas y aun de grupos sociales, á través de la historia, se reconoce que esta acción ha atravesado tres períodos, y ésta es una de las leyes psicológicas que, según nosotros, rigen la historia misma.

Mientras más primitivas son las razas, ó las sociedades, más ejercen una acción determinante sobre los individuos que las componen; mayor es, por consiguiente el parecido entre estos individuos. Hipócrates nos dice que los Escitas tienen un tipo de raza, no tipos personales. También los Romanos descubrían las más grandes semejanzas entre los Germanos de sus tiempos. A menudo se ha citado el dicho de Ulloa: "El que ha visto un indígena de América, los ha visto todos. Humboldt la confirma, de acuerdo con su experiencia propia. Sin duda, después que se observa á los salvajes más de cerca, se perciben cada vez más sus diferencias individuales. Aun entre los animales, los perros por ejemplo, tienen una gran diversidad de caracteres; unos son ardientes, otros indolentes, unos aturcidos, otros prudentes, unos afectuosos, otros egoistas; con mucha más razón cuando se trata de los hombres. No es menos cierto que existe entre los miembros de una misma tribu salvaje, una uniformidad

(1) *Luchas entre las sociedades humanas*, Paris, Alcan, 1893.(

relativa, que produce originales parecidos á un mismo modelo.

Las diferencias de volumen de cráneos existentes entre individuos de la misma raza, aumentan con la civilización. Hay pueblos en que estas diferencias de cráneos no existen, mientras que, entre los parisienes modernos, suben hasta á 600 centímetros cúbicos, entre los Alemanes hasta á 700. Según Waltz, la semejanza física entre individuos, entre razas poco avanzadas, tiene por paralelo su semejanza moral, su ausencia de individualidad psíquica. La homogeneidad de caracteres, dice, en el seno de un pueblo negro, es incontestable. Todos los individuos tienen las mismas cualidades generales y las mismas faltas. En Egipto superior, el mercader de esclavos no se informa del carácter individual del esclavo que quiere comprar; pregunta solamente cuál es el lugar de su origen. Una larga experiencia le ha enseñado que las diferencias entre individuos de la misma tribu, son insignificantes comparadas con los que derivan de la raza. Si el esclavo es de la tribu de los Nuvas, ó de los Galos, será fiel; ¿es de la Abisina del Norte? será traidor é infiel; ¿es de Fertit? será salvaje y pronto á la venganza; la mayoría de las otras tribus producirá buenos esclavos domésticos, pero poco útiles para el trabajo corporal (1). Se comprende por otra parte que, además de la identidad de raza, tenemos aquí una identidad del medio físico y del medio moral, es decir, de religión, del modo de vivir; no es maravilloso entonces que los individuos de un mismo grupo y de un mismo medio sean del mismo molde, así por el carácter como por la constitución. Pero, por otra parte, los medios físicos, siendo diferentes, y las comunicaciones mútuas poco frecuentes al principio de la civilización, los diversos grupos humanos, casi cerrados entonces, debían concluir por diferenciarse los unos de los otros, por seguir cada uno su línea propia. La misma razón que establecía entonces semejanzas muy grandes entre los individuos de un sólo grupo étnico, constituía entonces diferencias entre los grupos mismos, aislando á los unos de los otros. Todavía en tiempos tan cercanos á nosotros como la edad media,

las diversas provincias de Francia tenían la fisonomía dividida: un Picardense no se parecía enteramente á un Auvernés; en cambio, los Picardenses se parecían entre sí, como todos los Auverneses.

El segundo período, antítesis del precedente, es aquel en que las diferencias de constitución física y de carácter moral, van disminuyendo entre las diversas razas ó pueblos, pero aumentando entre los individuos de una misma raza ó de un mismo pueblo. M. Durckheim (1) hace notar por ejemplo, que los Ingleses en general, se parecen más hoy á los Franceses que en otro tiempo, pero que un Francés se parece menos á otro Francés, un Inglés á otro Inglés. Los diferentes tipos provinciales, en una misma nación, tenderían también á volverse menos diferentes: un Lorenés se parece más hoy á un Provenzal, que antes. Las diferencias tienden entonces á pasar sobre todo en los individuos, cuyos caracteres se hacen menos originales. La raza tiene un peso menor sobre los individuos de de una nación.

En nuestra opinión, la humanidad se aproxima hoy á un tercer período, síntesis de los dos que preceden, en que las crecientes semejanzas no impedirán las crecientes diferencias. Todas las semejanzas provienen de que la vida social aumenta con la civilización; las mismas ideas científicas, las mismas creencias morales y religiosas, las mismas instituciones civiles y políticas se extienden por el mundo entero.

Los pueblos de una misma civilización tienden entonces á asemejarse más y más en esta circunstancia. Al mismo tiempo la uniformidad creciente de introducción y de educación, tiende á hacer pasar todos los individuos por un mismo molde social. En fin las mezclas y cruzamientos de familias, de pueblos, de razas, tienden también á generalizar por todas partes un solo y mismo tipo de hombre. Las semejanzas seguirán entonces aumentando, y no solamente entre las razas á los pueblos (como lo admite M. Durckheim,) pero, al mismo tiempo, entre los individuos. Solamente, en nuestra opinión, este resultado no impedirá el crecimiento paralelo de diferencias, sea entre individuos, sea entre pueblos. Del hecho

(1) Waltz, *Anthropologie der Naturvoelker*. I, 75 et seqr.

(1) Véase la *División del trabajo social*. París, Alcan.

de que los cerebros tienen hoy un mayor número de partes comunes, no se dice que no puedan también tener un mayor número de partes diferentes; muy al contrario, al elevar desde luego, por la instrucción, los cerebros á cierto nivel más ó menos uniforme, se les permite manifestar mejor en seguida sus fuentes propias y su originalidad personal. Esto es, cuando menos, lo que debería producir una educación que, en vez de considerar al espíritu como á un jarro por llenar, lo consideraría como una herramienta para forjar y perfeccionar.

Las conquistas de la ciencia pasada, hacen más rápidas y más fáciles las conquistas nuevas de la ciencia de lo porvenir; pasa lo mismo con las adquisiciones morales é intelectuales de cada individuo. La época anterior bajo la civilización, maduró todos los cerebros, pero los maduró, de diversa manera, así como bajo el sol ciertas uvas de una viña se vuelven doradas y las otras negras: si ellas no se parecen entre sí, pueden valorizarse y encontrar todas su empleo. Esta misma ley se aplica también, creámoslo, á las diversas naciones; sus caracteres podrán á la vez armonizarse en la base, bajo el punto de vista moral y social, y diferenciarse más y más en la cumbre. Los rasgos más delicados marcaron las fisonomías nacionales; más, lo mismo que en el arte todo se matiza y se sutiliza, lo mismo la civilización intelectual y moral, admitirá diferencias de detalles que, no por ser menos groseros, serán menos útiles al progreso común. El aumento de la acción colectiva no impedirá tampoco el aumento simultáneo de la acción individual. Por su inteligencia y sus invenciones, por sus sentimientos y su voluntad, el individuo verá aumentar su papel con los siglos.

Concluyamos que es necesario ponerse en guardia contra los sofismas sociales, sacados de la historia natural. Se vuelven, en nuestros días, tan frecuentes y tan amenazadores, que se vé uno obligado á insistir sobre las teorías más ariesgadas y arbitrarias, como si fuesen serias; lo son en efecto muy á menudo en la práctica. En las naciones modernas, en que la inteligencia toma un papel creciente "los sofismas del espíritu" tienden más y más á engendrar ó á excusar los "sofismas del corazón,"

con las guerras intestinas ó extranjeras de que son las sangrientas aplicaciones. "Al alabar el régimen de la fuerza, ha dicho el escritor ruso á quien nos referimos á menudo, los publicistas franceses hacen el juego de Alemania de hierro y sangre; su sencillez y su ceguedad dejan á uno estupefacto." Si la teoría de la fuerza, de la que nos hacemos partidario como Alemania, fuese verdaderamente á la que debe tender la raza superior, ésta no hubiere hecho, al envejecer, sino volver á la moral prehistórica, que practicó cuando era canibal; su pretendida superioridad era un engaño; el sentimiento de la justicia en un cráneo ancho, es preferible á la injusticia en un cráneo largo. Además, la justicia misma es una fuerza, la más grande tal vez de todas, y que se manifestará cada vez más, á medida que los elementos morales y sociales representen el más grande papel en la civilización. La apoteosis de la fuerza bruta es un paso hácia atrás, y la historia antropológica no es apenas sino una novela antropológica. Sin duda, en un siglo que ha perdido el equilibrio antiguo, sin haber todavía encontrado el equilibrio nuevo, es natural ver reaparecer en el gran día, todos los instintos animales y bárbaros, que una falsa ciencia procura legitimar, reducir á teoría: nuestra época se resiste en plena crisis de atavismo. Se ve amenazada aún, por la rivalidad de los blancos, de los amarillos y de los negros; por una verdadera y última lucha de razas, que puede por todo eso permanecer una lucha pacífica; pero es inadmisibles representar bajo el mismo aspecto la rivalidad de los franceses y los alemanes, ó la de los franceses «nobles» y los franceses «serviles.» Estas no son más que querellas de familia y la historia natural casi no tiene nada que ver ahí: es la historia propiamente dicha, es la ciencia social y política que las pueden dar la explicación de estas luchas. Por más que se nos presente un cuadro sombrío de "incompatibilidades de humor entre las razas europeas, entre las diversas capas étnicas de cada nación,— incompatibilidad que, dicen, explica nuestras guerras incesantes,—hemos demostrado que estas pretendidas "razas" son simples tipos psicológicos de los que las condiciones cerebrales

nos son todavía desconocidas y que ningún estudio de cráneos ha podido hacer sospechar. Desde luego estos productos llamados "naturales" son sobre todo productos sociales: no es la herencia, no es el médio físico los que las han engendrado: es principalmente el medio moral, religioso. Las "razas" son sentimientos y pensamientos encarnados; la lucha de razas se ha vuelto una lucha de ideas, complicada por una lucha de intereses y pasiones; modifíquense las ideas y los sentimientos, y se modificarán las guerras llamadas inevitables.

A. FOUILLEÉ.

(Tradujo J. Aznar.)

SECCION CIVIL.

ESTADO DE MICHOACAN. (1)

JUZGADO DE 1° INSTANCIA DE ZAMORA.

Juez: C. Lic. V. García.

Secretario: ,, ,, P. L. García.

INTERDICTO DE OBRA NUEVA.—¿Cuáles son los requisitos que deben de llenarse, para que sea procedente?

IDEM.—¿El año dentro del cual debe intentarse el interdicto, ha de contarse desde la fecha en que haya comenzado la construcción de la obra, ó bien desde el día en que ésta se haya terminado?

IDEM.—¿Una vez demostrado que la construcción de la obra, no daña los intereses del actor, éste no ha probado su acción y cabe de pleno derecho la absolución del demandado?

COSTAS.—¿Procede la condenación en costas, de oficio, ó solamente cuando así se solicita del Juez y en los casos que la ley señala?

(Continúa.)

Los testigos que así declararon, fueron preguntados por la parte contraria, con arreglo al interrogatorio que obra en el cuaderno de sus pruebas, y de esas repreguntas resultó en sustancia, que estuvieran conformes en que las aguas que corren por la zanja ó caño del Capulín, se detienen antes de entrar al terreno de «Las Paredes,» en un bordo que hay construido en el terreno de D. Miguel Mora, y que tiene de formado como diez años, cuyo borde, así como su vallado, que existe entre los terrenos de Mora y Ochoa, obstruyen el cauce del referido caño del Capulín. Dichos testigos fueron, además, tachados por el demandado; pero aún cuando se mandó recibir la prueba de tachas, las declaraciones de los testigos Pedro Ceja, Rafael Avalos y Rafael Gallegos, en que consiste esa prueba, aparecen sin firmas del Juez Lic. Jesús F. Victoria, del Secretario actual, Lic. Pantaleón L.

García, y de los mismos testigos. Segundo: Documental, que consiste en la primera copia de una escritura pública, otorgada en esta Ciudad el día doce de Agosto de mil ochocientos ochenta y dos, ante el Sr. Escribano Don Indalecio Haro, en cuya escritura los señores poderdantes del Sr. Lic. Alvarez, de una parte, y por la otra, los Sres. Nicolás, Arcadio y Francisco Dávalos, como dueños de la Hacienda de San Simón, colindantes de la de «La Luz,» propiedad de aquellos, convinieren en que se ensancharía por cuenta de ambos el canal de la Culebra, así como el vallado que va de éste á «La Luz,» con dirección de Norte á Sur, que es el mismo que voltea al Poniente y sigue hasta la laguna de Pajacuaran, y se establecieron por ese contrato varias servidumbres en favor de San Simón, y otros varios derechos y obligaciones que no tienen relación alguna con este juicio. Tercero: A petición del mismo actor se mandaron tener como parte de sus pruebas, la información testimonial y la acta de inspección judicial, que se practicaron antes de que diera principio el juicio contradictorio, y habiendo apelado del auto relativo, la parte demandada, se quedó sin resolver si se admitía ó no la apelación, en virtud de que fué recusado con causa el Sr. Juez Victoria, y con posterioridad no se ha insistido en el recurso, pues el mismo apelante pidió la continuación de los procedimientos del juicio en lo principal.

Resultando: El demandado á su vez rindió oportunamente las pruebas siguientes: Primera: Testimonial, que consiste en las declaraciones de los testigos Benito Reyes, José María Ruiz, Eufemiano del Rio, Eutimio C. de Vaca, José María Magallón y Juan Herrera, quienes fueron examinados con arreglo al interrogatorio fecha veintiuno de Junio de mil ochocientos noventa y cuatro, declarando en sustancia: I: que conocen el terreno de «Las Paredes,» el que linda al Norte, con el terreno de «La Luz» mediante un canal ó vallado á que se dá el nombre de brazo del río «Duero.» II: que ese canal es el que sirve natural y forzosamente para el desagüe de los terrenos de «La Luz.» III: que cuando hay fuertes avenidas las aguas se salen del cauce del canal referido y se derraman sobre los terrenos adyacentes por diversas partes, entre ellas por las zanjas del Capulín y del Convento, volviendo á encausarse las aguas, cuando cesan las avenidas en lo que se llama brazo del «Duero» por el demandado, y canal de «La Luz» por el actor.

[Continuará.]

(1) Véase el número anterior, pág. 354.